



* Universidad de Saskatchewan, Canada.
Correo electrónico: julio.torres@usask.ca

Cuando Tristán llegó a la casa de doña Lola de Pons acababa de cumplir dieciséis años. Era el mes de agosto y unos parientes lo habían mandado desde Los Ángeles después de que su madre murió. Unos

tres mil dólares en el bolsillo, la única herencia que había recibido de su madre. No se supo quién fue el padre y los parientes nunca habían mostrado interés en el niño de la parienta pobre que vivía de lo que ganaba en una guardería

faldas azules y camisas blancas que iban brincando o empujándose camino a la escuela. Tristán le preguntó a doña Lola a qué escuela lo iba a mandar, porque no le había mencionado lo de la escuela otra vez. La señora se sonrió un poco y le respondió que lo había estado pensando. Que era mejor que esperaran un poquito porque no estaba segura que fuera buena idea que en tan poco tiempo volviera a la escuela después del susto de la muerte de su madre. Otro problema serio, añadió, mostrando unos dientes de oro grandes, era que el español de Tristán no estaba tan bueno como para desenvolverse en la escuela. Ella quería actuar responsablemente.

Tristán tuvo impulsos de protestar pero le pareció que las razones que la señora había dado no eran tan descabelladas. Además, la idea de no hacer nada en todo el día no le venía mal. La placidez de estar ocioso no le duró mucho porque doña Lola le dijo que debía colaborar en la casa porque a ella no le quedaba tiempo para ocuparse de tareas domésticas y las empleadas querían ganar mucho, trabajaban poco y muchas veces había que alimentarles hasta a sus hijos.

Tristán

Julio Torres-Recinos*

ladrones la asaltaron; le quitaron la cartera desde una moto, ella se resbaló y se golpeó la cabeza en el borde de la acera. La llevaron al hospital; los doctores hicieron lo que pudieron, pero nunca recuperó el conocimiento y una semana más tarde murió, dejando a Tristán sólo con unos pocos centavos que no durarían mucho. La madre de Tristán y doña Lola de Pons, una viuda de cuarenta y siete años, habían sido como hermanas en la juventud y era natural que, a falta de una mejor opción, el muchacho volviera a San Salvador a vivir con la 'tía' Lola. Llegó a la casona oscura aquel muchacho alto y de pelo liso, con su ropa, el eterno *walkman*, una grabadora negra e inmensa y

como ayudante de las profesoras gringas.

Doña Lola recibió al muchacho con todas las de ley. Le acomodó un cuarto en el fondo de la casa, le compró un escritorio, libros y un poco de ropa. Le dijo que allí tenía casa y que lo mandaría a la escuela para que fuera algo en el futuro, ya que lo poco que pudiera hacer por el hijo de Finita, "que era como mi hermana, de la misma sangre éramos, la pobre", lo haría. El muchacho flaco nada decía y se quedaba viendo a los arbustos de mirto en el centro del patio que con nitidez se erguían, rodeados por los cuartos y salas de la casa.

Llegó febrero. Las calles gritaban a la vida con los cientos de niños de pantalones o

Tristán se vio barriendo la casa y encerando los pisos rojos a los que después tenía que dar brillo.

Al año de haber llegado a la casona, a Tristán no le quedaba ni un cinco porque doña Lola le había dicho que necesitaba dinero, que se lo prestara, que no se preocupara porque se lo pagaría en poco tiempo. Primero fueron quinientos, después mil quinientos y otros quinientos otra vez hasta el día en que le dio los últimos dólares que le quedaban.

A Tristán no le había hecho mal ese año en el trópico, ni el ejercicio que hace al andar fregando el piso; qué bien se ve el hijo de Finita, sobre todo cuando anda con la camisa abierta por el calor. Una noche, en el tiempo de la guerra, hubo un apagón y la casa se quedó a oscuras. Doña Lola tomó una lámpara, buscó unas velas y fósforos y fue al cuarto de Tristán. Eran las nueve de la noche; a lo lejos se oían bombas y disparos. Algún camión que pasaba enfrente daba brincos por las piedras y hacía temblar la casa. Tristán estaba oyendo música en el walkman cuando vio que se acercaba una luz, era doña Lola. Se sentó en la cama, habló con voz agitada de la electricidad y fue pasando la mano por la pierna desnuda de Tristán. Después lo tomó de los hombros, le acercó su cuerpo perfumado y apagó la lámpara. A la mañana siguiente Tristán

la vio caminando entre los mirtos, acariciando unos limones verdes que casi tocaban el suelo.

Doña Lola no volvió a hablar de la escuela ni del dinero. Tristán seguía fregando el piso y oyendo música. Cuando las amigas que la visitaban le preguntaban cuándo iba a mandar a Tristán a la escuela, decía que lo estaba pensando, que no era fácil, que ella era una mujer sola y la situación económica no estaba tan bien. Alguna de las viejas salía con la idea de que doña Lola podía vender una de las casas que alquilaba, entonces ésta estiraba la boca hacia adelante y ponía el dedo índice en frente, haciendo señal que no dijera nada. Cuando Tristán pasaba frente a ellas para ir a hacer un mandado a la esquina, las viejas se reían nerviosamente. Doña Lola se sonrojaba e intentaba decir que entre el chico y ella no había nada.

A Tristán no le gustaba la vida que llevaba y trataba de rebelarse de la tiranía de doña Lola. “Doña Lora, vieja nariz de pajarraco” se decía a sí mismo Tristán. “Vieja loca, cree que me va a tener entre sus brazos para siempre. ¡Está local!” En una de las tantas salidas a la esquina –pues no tenía mucha libertad, podía ir a la tienda y a la iglesia, y eso era todo–, Tristán conoció a Delia, que vivía a cuatro cuadras de allí. Delia acababa de graduarse del instituto y se preparaba para estudiar

en la universidad. “Administración quizás, aunque me gusta también psicología”, decía. Tristán se quedaba pensando en su futuro incierto, sin poder volver a la escuela. Después de verse unas cuatro veces, Delia le pidió que la llevara a su casa; se fueron caminando por entre las luces amarillas que asomaban soñolientas por las hojas verdes y rojas de los almendros. El aroma de las hojas y la calle mojada agradaban a Tristán. Entraron a la casa, se fijaron que no había nadie. Se quedaron hablando en la sala, comiendo algo y tomando un refresco de tamarindo que Delia preparó. Ella le preguntó y Tristán le contó todo, acariciando el borde del vaso de vidrio que sudaba agua clara, y bajando los ojos por la tristeza.

Delia le aconsejó que se fuera, que se volviera a los Estados Unidos, que ella le podía conseguir el dinero para el pasaje, después de todo era ciudadano norteamericano. Tristán le dio las gracias y le dijo que lo pensaría. Regresó a la casa. En el camino vio que un bus grande y viejo venía frente a él y sintió fuertes ganas de lanzarse hacia él para que todo se acabara. Doña Lola lo estaba esperando en la mecedora, hacía que se interesaba en las noticias de la radio. Se levantó y fue hacia Tristán; lo tomó de la mano y le dijo que había estado pensándolo, que debía regresar a la escuela porque el hijo de Finita se merecía

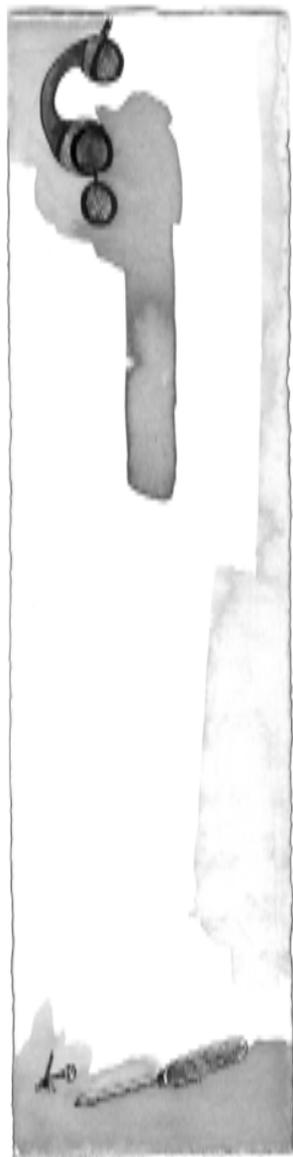


un buen futuro y “yo me voy a sacrificar”. También le dijo que lo quería como a un hijo y como a un compañero, y que pensaba casarse con él. Tristán no contestó, pero sintió que el rostro se le incendiaba de la cólera al contemplarse reducido a eso, a juguete de la vieja cochina.

Delia y Tristán se volvieron a ver otras veces más. Verla era un descanso para él; contemplaba la piel delicada y joven de Delia y se sentía feliz. Un sentimiento claro, como una euforia contenida, lo hacía sonreír, era la presencia de Clara (**¿quién es?**); pero de repente volvía a su realidad y se ponía serio, furioso. Delia notaba el cambio y trataba de convencerlo de que se fueran, los dos juntos ahora, al norte, a donde fuera.

Ese día, después de haber hecho planes con **Clara**, iba Tristán camino a casa cuando se vio en medio de un enfrentamiento entre el ejército y un par de guerrilleros. Unos salieron corriendo, otros se tiraron al suelo. Tristán no supo cómo reaccionar y se quedó parado, como paralizado. Alguien le gritó que se quitara de allí, pero antes de que Tristán reaccionara, le cayó una bala en la pierna. El golpe lo dobló y a los cinco minutos todo había pasado. Lo recogieron unos vecinos y lo llevaron al hospital. Tuvieron que amputarle la pierna, no había remedio.

A los tres meses regresó a casa. Doña Lola le compró una



silla de ruedas y con el tiempo el dolor cesó, aunque la amargura se había apoderado de Tristán. Se sentía mal, un inútil, y siempre estaba de mal humor. Doña Lola le dijo que la vida aún no se le había terminado, que había un futuro esperándolo. Pero Tristán nada decía; por lo menos ahora ya no tendría que darles brillo a los pisos de la casa. Al poco tiempo comenzó a ir a la escuela. Doña Lola lo puso a estudiar computación, “para que se defendiera en la vida”. Tristán no mostraba interés alguno en nada. A Delia la había visto un par de veces, pero le había dicho que mejor ya no volviera a su lugar de encuentros, ningún futuro le esperaba con un lisiado. Delia lo tomó de la mano y le dijo que nada entre los dos había cambiado. Pero Tristán no era el mismo y sólo dolor se veía en su rostro. Delia no volvió.

Doña Lola tenía sesenta años y Tristán veintinueve cuando se casaron. Él había cambiado mucho, nadie lo soportaba, en cambio, doña Lola era cada día más cariñosa y comprensiva. Después que regresaron de la ceremonia de bodas, a la que el novio asistió sin una expresión en el rostro, Tristán se encerró en su cuarto a oír música y no salió hasta la mañana siguiente. Doña Lola estaba dolida. Hacerle eso en la noche de bodas.

La computación no fue a ningún lado, Tristán se que-

daba en el cuarto oyendo música y levantando pesas. Cada día estaba más fuerte. Para demostrarle su cariño, doña Lola había vendido las cuatro casas que tenía y le había dado el dinero a Tristán. Tristán lo tomó y dijo algo inaudible. La casona en que vivían también se la había traspasado a Tristán.

Los años habían comenzado a hacer estragos en doña Lola. Si no padecía de una cosa era de otra; la artritis hacía que caminara con dificultad. Una vez que venía de la iglesia, un ladrón le arrebató la cartera que traía bajo el brazo y salió corriendo. Doña Lola se tambaleó, perdió el equilibrio y cayó en la calle, frente a un bus que venía rápido. El motorista trató de frenar, pero golpeó a la pobre señora en el pecho, “no pude hacer nada, no tuve tiempo”; después cayó al suelo. La llevaron al hospital, pero al llegar ya había muerto.

Chepe Toño, el ladrón que había esperado ansioso para que le pagaran por el ‘trabajito’, se presentó en la casona una semana después para devolverle la cartera a Tristán. “No quiero esa porquería”, le dijo éste, “aquí están los doscientos dólares, y que no te vuelva a ver nunca más”, le espetó. El ladrón tomó los billetes sucios, Tristán dio la vuelta en la silla de ruedas y entró a disfrutar de la frescura de los mirtos.